

GONZALO

¡Y hasta  
la eternidad no la ves!

AGUILAR

¡Detente, hermano!

*(Llega por el fondo la Reina con escaso acompañamiento de damas, caballeros y prelados.)*

SIDI

*(Viéndola.)*

¡Ella es!

ISABEL

*(Indignada del espectáculo que ofrece a sus ojos el Real, trata de imponerse, desde el primer momento, exclamando.)*

¡Tregua a la Reina!

*(Como los caballeros siguen combatiendo, ciega de justiciera indignación, avanza hasta sujetar el brazo del Capitán.)*

¿Qué? . . . ¡Basta!

GONZALO

¿Quién fué osado?

*(Viendo a la Reina.)*

— ¡Vos, aquí!

ISABEL

Para ver cómo atropella  
tu espada a la ley y a mí.

GONZALO

*(Entregando su espada a la Reina.)*

Siempre con ella os serví.

ISABEL

Y hoy me maltratas con ella. —  
Me echan del reino y desploman

mi cetro en él, castellano,  
los vasallos que se toman  
la justicia por su mano.

(A Sidi Hyaya.)

— Señor Alcaide, el caballo  
requerid saliendo, ahora  
que vísteis a un mal vasallo  
golpear a su señora.  
Decid a todos que hoy es  
forzoso a Isabel llegar  
con sus manos, a tomar  
hierros que tiene a sus pies;  
que su palabra leal  
el Rey os tenía dada  
para que una mala espada  
quiebre el seguro real . . .  
Pero decid que en Castilla  
manda la ley y está escrito  
que apenas surja el delito  
forje su propia cuchilla:  
con los brazos derribados  
voy a tomar sobre mí  
las faltas de mis soldados  
para que veáis, Cadí,  
que si honrados, quiero avara  
para mí todo su honor,

¡culpables, mancha el rubor  
de sus delitos mi cara!  
Ya soy yo el reo y os digo  
que me déis vuestro perdón . . .

(Intenta humillarse ante el  
moro; arrebatadamente co-  
rre Gonzalo a impedirselo.)

CONZALO

Reina, vuestra humillación . . .

ISABEL

(Irguiéndose.)

¡Súfrela, que es tu castigo!

GONZALO

¡Pudiérais, menos cruel,  
contentaros con mi muerte!

ISABEL

Para fallos de esta suerte,  
sois Gonzalo y yo Isabel.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE DE LA UNIV. 1025 MONTERREY, MEXICO

SIDI

*(Altanero y resuelto.)*

Reina, el villano que osado  
pretendió...

ISABEL

¿De quién habláis?

SIDI

¡Del mismo a quien castigáis!

ISABEL

Para vos, es mi soldado. —  
¡Quedábame por oír  
que la africana malicia  
quisiera, en sus fallos, ir  
más allá que mi justicia!  
Ya me cortásteis la acción  
tanto, que le vuelvo a dar  
este hierro al cinturón  
donde ha de haceros callar.

*(Acercándose a Don Alonso.)*

Tú eres su hermano mayor:  
vino con su falta a mí,  
dáselo tú, con tu honor;  
y así no habrá habido aquí  
sino una espada que pasa  
del uno al otro Aguilar,  
cosa que no han de extrañar  
las espadas de tu casa.

AGUILAR

*(Conmovido, tomando la  
espada de manos de la Reina.)*

¡Gracias, señora!

ISABEL

*(Haciendo transición y son-  
riendo.)*

Ya estabas  
que casi me maldecías;  
pues tú, ¿cómo no parabas  
su brazo, cuando podías?

AGUILAR

Mucho le forcé.

ISABEL

No mucho  
si, a la postre, él pudo más.

AGUILAR

¿Qué águila visteis jamás,  
hacer fuerza a su aguilucho?

*(Mientras el de Aguilar devuelve la espada a su hermano, la Reina pregunta a Pedro Navarro, que malhumorado se dirige hacia los tendales:)*

ISABEL

Tú, ¿dónde vas, Zapador,  
con tanta cara sombría?  
Si ya acabó mi rigor,  
¿va a ser el tuyo mayor  
y durará todavía?

MAVARRO

Viéndoos al paso, empeñada  
en restablecer la ley,

yo salía a dar al Rey  
cuenta de vuestra llegada.

ISABEL

Pues dale cuenta cabal;  
mas con alegre semblante,  
que yo llego y, Dios mediante,  
no ha de sentarle tan mal.

*(Le vuelve la espalda secamente. Navarro sale por la izquierda. La Reina se encara con el de Cádiz.)*

— Me han dicho que se han pactado  
las treguas, para tratar:  
decid, Marqués ¿qué han tratado?

CÁDIZ

Que el cerco vuelve a empezar.

ISABEL

¿Baza resiste?

CÁDIZ

Soplamos  
en la ceniza; aún hay brasa  
por lo visto, y lo aprobamos.

ISABEL

Pues si ya todo lo hablamos,  
¿qué espera el moro en tu casa?

GONZALO

¡La venia, que vos le déis,  
para salir del Real!

SIDI

¡Cadí soy de Baza, y quiero  
con Doña Isabel tratar!  
— Bien se me alcanza, señores,  
con qué alegría voláis  
para las batallas, cuando  
tal lengua os manda luchar;  
bien se me alcanza que el muro  
de Baza huerto será  
donde, ya no heridas, rosas  
para sus plantas cojáis;  
pero una sola venganza,  
por mi vida, he de tomar.

*(A la Reina.)*

— Mía es la ciudad; yo solo  
puedo hacer lo que no harán

ni tus lombardas sin fuego,  
ni, diezmado, tu real;  
tus mejores caballeros  
no la pudieron ganar;  
tu Rey, tomando acicates  
de amor en tu voluntad,  
quebrantó en meses de asedio  
su esperanza y no mi afán;  
Medina-Baza es mi alma;  
nadie la puede ganar;  
su llave es ésta: ¡recíbela  
de un moro que ha muerto ya!

*(Cae a los pies de la Reina  
tendiéndole en sus manos la  
llave de Baza.)*

GONZALO

¡No la recibáis, que importa  
sus injurias castigar!

ISABEL

¡Sí, soy dama; importa y mucho,  
pues la ofensa ha sido tal,  
cerrar la mano y que entremos  
a pólvora la ciudad!

¡Pero soy reina!... ¡venid  
 los Zapata y los Gaytán  
 a estarme cerca, a gritarme  
 cuando me veáis dudar,  
 que honrillas de dama ceden  
 a la púrpura real;  
 que soy madre y vuestra sangre  
 castellana importa más!  
 ¡Yo acabo el cerco en que todos  
 os tenfais que acabar!  
 ¡Baza es vuestra y vuestra reina  
 se basta, para esperar  
 que el brazo de Dios la libre  
 de injurias de musulmán!

*(Rodeada de los soldados,  
 en cuyos hombros se apoyó  
 un momento, avanza hasta  
 el Cadí, inmóvil y arrodilla-  
 do. Toma la llave de Baza.)*

— Tú entiende que, siendo mía  
 por derecho tu ciudad,  
 ni tomo a ofrenda esta llave,  
 ni con ella has hecho más  
 que apartar nuestros castigos  
 de tu sangre y tu casal.

*(Un silencio solemne su-  
 cede a estas palabras. Besa*

*el moro la mano de la Reina,  
 que regimiento le tiende Isa-  
 bel. En seguida, irguiéndose,  
 va a salir; ciego, violento,  
 sin ver, sin mirar.)*

GONZALO

*(Saliéndole al paso.)*

¿Dónde es vuestro rumbo, Sidi?

SIDI

Donde peñas hagan más  
 que corazones; el tajo  
 de Ronda me acogerá.  
 ¡Ya, ni empuñando tu pica,  
 con ella triturarás  
 mis huesos, que en lo profundo  
 del tajo blanquearán!...

*(Sale el moro. La Reina  
 inclina su frente asumiendo  
 toda la emoción trágica del  
 momento. Luego, mirando a  
 Gonzalo que se le acerca,  
 dice):*

ISABEL

¿Por la reina habéis reñido  
con el Alcaide?

GONZALO

Así fué.

ISABEL

Mi honor no quiero que esté  
ni en lenguas, ni defendido.

GONZALO

Escuchando al musulmán,  
pensamos que era mejor  
mandarle callar.

ISABEL

Fué error;  
¡no porfiéis, capitán!

NAVARRO

*(Llegando por los tendales.)*

¡El Rey espera!

ISABEL

Y yo espero  
no ver más, en tiendas mías,  
baratos de espaderías  
como en casas de tablero;  
la mejor razón, la ley,  
Gonzalo; y pedidle a Dios  
que de hoy más, nunca, por vos,  
tenga que esperar el Rey.

*(El capitán inclina, todavía confuso, su frente. Pedro Navarro sonríe. Sale la Reina con su acompañamiento. Quedarán en escena Gonzalo y Navarro, que le examina y espía, de lejos.)*

GONZALO

*(Dejándose caer abatido y desplomado en el sitio que antes ocupara, junto a la tienda.)*

¡Quién tuviera como el moro  
su tajo en Rondal

NAVARRO

*(Acercándosele de impro-  
viso.)*

Señor,  
yo seré mal zapador;  
pero tu mina es de oro.

GONZALO

¿Qué dices y a qué intención?

NAVARRO

A que por lo que entreveo,  
son las alas del halcón  
pocas para tu deseo;  
y a que tu espada, ha un instante,  
cuando al Cadí amenazaba,  
más que injurias, castigaba  
rivalidades de amante.

GONZALO

*(Conteniéndole con el gesto.)*

Pues ten el labio, impostor,  
si no quieres que mis manos

te libren del deshonor  
de tomar rumbos villanos.

NAVARRO

¿Por qué en lo dicho mentí?

GONZALO

¡Porque mi alma, todavía,  
— y es alma y además mía —  
no osó decírmelo a mí!  
— ¡Sirvo a la Reina y la adoro!  
pero ello, Pedro Navarro,  
si en mí es verdad puesto en oro,  
no lo es en ti dicho en barro;  
cada vez que mi rodilla  
doblo ante ella, como es ley,  
sé adorarla más que el Rey  
y un poco más que Castilla.  
Si Dios encuentra que voy  
contra sus leyes así,  
no la hiciera tal o a mí  
no me hiciera como soy;  
pero ni yo he de olvidar,  
porque es santa mi pasión,  
ni es culpa mía no hallar,

por tierras que ande, otro altar,  
donde clave el corazón!

NAVARRO

Yo no te envidio el tesoro  
de tu altar. . . En ese escaló  
triunfar, capitán, es malo;  
quedar vencido es desdoro.

*(Suenan clarines y ataba-  
les, anunciando el saco.)*

GONZALO

¡Quién tuviera, como el moro,  
su tajo en Ronda!

NAVARRO

Gonzalo,  
nos llama a Baza el pregón;  
¡vuelve a encerrar tu pasión  
de tu pecho en lo profundo!

GONZALO

¡Sí, más por una razón!

la encierro en mi corazón  
¡porque no cabe en el mundo!

*(Se reanuda el toque de  
clarines y salen ambos a reu-  
nirse con su gente.)*

TELÓN